

Pound, Céline, Borges y el fascismo

"Personalmente pienso extremadamente bien de Mussolini. Si se le compara con los presidentes norteamericanos (los tres últimos) o los primeros ministros de Gran Bretaña, etcétera, en efecto no se puede evitar insultarlo. Si la *intelligentsia* no piensa bien de él, es porque no conocen nada sobre el estado y el gobierno y no tienen particularmente un amplio sentido de los valores. De todas maneras ¿Cuál *intelligentsia*?" Esta carta de Ezra Pound, escrita en 1925 y dirigida a Harriet Monroe, es uno de los primeros testimonios de los compromisos políticos con el fascismo de Mussolini, una promesa antibolchevique en Europa occidental y en el mundo. Tal vez Pound, el más importante exaltador extranjero del fascismo italiano por ingenuidad o inmadurez política en aquella época, había caído en las trampas del fascismo y sus panfletos propagandísticos. Sin embargo, a partir de la publicación de los ensayos *ABC of economics* (1933) y *Jefferson y/o Mussolini* (1935) en donde se reflejan sus inquietudes económicas y su credo político, Pound, como lo había ya hecho antes, se colocó decididamente del lado del fascismo. De las torturas y las persecuciones que sufrían los italianos, ni una línea, aunque vaga. Eran tabúes, invenciones de la *intelligentsia* que él aborrecía. Después de los desastres del nazifascismo, esa *intelligentsia*, escritores como Frost, Mac Leish, Hemingway y T. S. Eliot, pedirían la liberación del exiliado de Rapallo, del manicomio criminal de Santa Elisabeta (EU).

Otro escritor importante de nacionalidad francesa, Louis Ferdinand Céline, brincó de la extrema izquierda al neofascismo de Disraeli y posteriormente, con su obra *Bagatelle pour un massacre*, entró en el miserable panteón de los racistas y nazifascistas. Esa obra es una recopilación de todo tipo de propaganda nazi, plagios de artículos biológicos, estadísticas estúpidas y que en lo esencial tratan de explicar el porqué del movimiento antisemita.

Esos dos casos de escritores tan destacados, involucrados en una peripecia polí-

tica que en aquella época significo una catástrofe apocalíptica, son casos ya juzgados y muy pocos pueden levantar la voz para defenderlos.

En América Latina, Jorge Luis Borges, preocupa a los hombres, mujeres y niños, que sufren las dictaduras del Cono Sur, las dictaduras idealizadas por el propio Borges. Todos sabemos sus sentimientos promilitaristas, sus sentimientos anticomunistas. Como Pound y Céline, Borges pide el puño de hierro, quiere una sociedad regida por las leyes de los uniformados, busca un Dios, entre los estirados generales que en nombre del anticomunismo pueden permitirse abusar de un poder tomado por la fuerza; cometer todos los crímenes imaginables, haciendo abstracción de los derechos humanos, más elementales, asesinando a sus conciudadanos, etcétera. El filósofo francés Jean-Paul Sartre, en casi toda su obra, habla del compromiso político que deben contraer los escritores. Es un tema que en los últimos treinta años ha originado una serie de disputas, de buena o mala fe. Hay los que sostienen que el creador es libre de escoger si se compromete o no con la política. Sartre dice que el escritor tiene que comprometerse, o, con palabras más comprensibles, tiene que mostrar la cara.

Borges no contesta las preguntas que reflejan su posición política, protesta y pregunta a su vez por qué no le hacen preguntas sobre literatura, que es su especialidad. Podría ser así y sería lógico. Pero el compromiso de Borges con el neofascismo de América Latina es notorio. Por tanto, es difícil dejar de clasificarlo ahí donde corresponde. Porque Borges es comprometido y cuando intenta aparentar lo contrario actúa igual que todos sus antecesores.

Estrechar la mano de Finchet es aceptar abiertamente todo lo que su *excelentísima* representa y hace; es comprometerse hasta el cuello con la reacción y el terrorismo oficial del gorilato sudamericano; es aceptar el estúpido fanatismo de Hitler.